

para formar un frente único. A ese fin, desplegó gran celo, como prueban sus doce Bulas conocidas, muchos mensajes y órdenes de rogativas. La lucha fue declarada Cruzada Santa con indulgencia plenaria para los combatientes.

Está fuera de nuestro objetivo y espacio disponible el relato de la batalla de las Navas de Tolosa. Sólo cabe narrar la participación de Dalmacio de Crexell, junto a su rey, de positiva trascendencia. Para mayor valorar ésta, hay que tener presente que el triunfo de las Navas de Tolosa, como expone J. Vicens Vives en admirable síntesis, "inauguró un siglo de grandes conquistas cristianas en territorio musulmán, facilitado en gran manera por el prodigioso desarrollo de la población en el occidente de Europa durante esta centuria". (74). Por otra parte, A. Jiménez Soler destaca (75) no tener explicación las adquisiciones futuras de San Fernando ni casi las de Jaime el Conquistador, sin el victorioso precedente de las Navas de Tolosa. Para su debida conmemoración, la iglesia celebra, el 21 de julio de cada año, El Triunfo de la Santa Cruz.

Sobre la batalla de las Navas de Tolosa, el estudio de Ambrosio Huici (76) supera a todos los existentes, pues utiliza con sumo acierto las fuentes cristianas y las árabes. Es una lástima que prescindiera de los cronistas catalanes, hecho que minimiza la importancia de la aportación catalana-aragonesa.

También Zurita (77), a pesar de su solvencia histórica, intenta refutar la lista de nobles catalanes dada por Tomic (78), que asistieron a la batalla de las Navas de Tolosa, con el pueril argumento de no constar estos nombres en la crónica del arzobispo de Toledo, Rodrigo Jiménez de Rada, uno de los principales protagonistas de dicha victoria, pero dedicados sus escritos a ensalzar las gestas castellanas. Es inexplicable que Zurita diga que la referida lista es excesiva cuando el cotejo de las crónicas castellanas y árabes, hecho por Huici, permite asegurar que acompañaron al rey Pedro el Católico unos tres mil caballeros con sus servidores.

Para probar nuestro aserto, bastará considerar proporcionalmente la aportación ampurdanesa y de ciertas comarcas próximas.

Es admitida por todos la asistencia del conde de Ampurias, Hugo IV, y de Dalmacio de Crexell. La de Guifredo de Rocabertí consta en la lápida sepulcral de su época, al decir que murió gloriosamente en la batalla de Ubeda (Navas de Tolosa) (79). Esta lápida, procedente del monasterio de Vilabertrán, hoy se halla colocada en